



OBRAS DE RECONOCIMIENTO A JACQUES MARITAIN



JACQUES MARITAIN SU OBRA FILOSÓFICA

La prestigiosa revista francesa, *Revue Thomiste*, presentó en 1948 su homenaje a Jacques Maritain en un volumen de más de 400 páginas, en el que colaboraron 14 destacados pensadores, teólogos y filósofos.

Presentación

La *Revue Thomiste* publicaba en 1912 uno de los primeros artículos de Maritain convertido. León Bloy, que tenía muy poca afición a la filosofía y menos aun a los filósofos, “consintió por una vez en leer un artículo filosófico” [1]. Y escribió en su diario: “No esperaba yo ver salir un brazo tan potente de entre los andrajos filosóficos. Un brazo de atleta y una fuerte voz de lamentador. He sentido a la vez como una oleada de dolorosa poesía, una fuerte oleada de profundidad venida de muy lejos”. [2]

1 RAÏSSA MARITAIN: *Las aventuras de la gracia*, I, p. 204, Desclée, de Brouwer, Buenos Aires, 1945.

2 LEÓN BLOY: *Le Pèlerin de l'Absolu*, 17 de octubre de 1912

Difícil hubiera sido comprender mejor el contraste, tan propio de Maritain, entre el pensamiento más enérgica y violentamente nuevo, penetrado de pasión y poesía, y técnicamente irreprochable, y esa técnica tan pasada de moda como es a los ojos de los modernos la escolástica. Pensamiento nuevo, pero que brotaba del de Santo Tomás y de su escuela. Porque la fidelidad a la armadura, al aparato externo, proviene de la estricta fidelidad al pensamiento. Nuevo, no obstante, este pensamiento que bebía en fuentes antiguas, por ser viviente, entregado a la solución de los problemas particulares de nuestra época, y además profundizado y mejorado según su genio propio.

Maritain toma enteramente en serio las tesis de la filosofía tradicional y el método empleado en su demostración. Y penetra deliberadamente en el interior de este pensamiento, del que hace tres siglos se retiró el movimiento filosófico profano, y el que solos los teólogos, cuando no temían demasiado la soledad, continuaban explotando al resolver sus propios problemas. Maritain cree en el valor de esta filosofía enteramente rechazada e ignorada por la Universidad. Al lado de algunos tomistas que siguieron a León XIII, él siguió asimismo su progreso que parecía detenido con Juan de Santo Tomás. Y lo hace con un espíritu, o mejor con un alma tan moderna, con una originalidad de pensamiento tan notable que bien pronto se creó, a fuerza de fidelidad y de personal vitalidad, una situación totalmente independiente en el mundo filosófico. Esta independencia se parece a un aislamiento. Su creciente celebridad, su influencia prodigiosamente estimulante sobre ciertos espíritus, ese sólido grupo de amistades que le rodea y acompaña en su marcha siempre apresurada hacia una mayor verdad y más grande eficacia, todo esto no impedirá que el porvenir se extrañe de la relativamente rara irradiación de semejante centro de energía intelectual y espiritual.

En los medios universitarios, Maritain sigue siendo para muchos el escolástico, el tomista, que jamás ha sabido limar las aristas de su pensamiento y de su forma, que nunca buscó atraer, adular, ni defender; y que ni siquiera ha renunciado, para hacerse comprender, al lenguaje que le era natural y que se formó al contacto de la escolástica, pero templado en el fuego de un espíritu y de una imaginación apasionada, más “profética” que académica, y de un arte más moderno que clásico.

¿Qué decir de los católicos? ¿Y de dónde procede la dificultad, junto con el respeto hacia esta admirable inteligencia, que inspira a tantos espíritus? Demasiado poco conciliador, demasiado abrupto, demasiado “tomista”, o al menos demasiado amigo de los “comentadores”, y, ¿por qué no decirlo?, demasiado difícil. Porque Maritain es un autor difícil, y de ningún modo un vulgarizador; no resuelve los problemas sino en su más exacta profundidad, aun cuando se dirige, con ese tono vibrante tan suyo y en esas pulcras ediciones ofrecidas a todos, a un público muy extenso. Sobre cuántas cuestiones capitales vemos hoy a tantos autores católicos muy cultos ignorar totalmente las distinciones y aclaraciones dadas por Maritain y andarlas buscando sin dar con ellas. Sería cosa de perder totalmente el ánimo si no fuera cosa averiguada que los mayores maestros de filosofía sólo son leídos por una ínfima minoría, siendo la sola celebridad conquistada la que hace realizar el gran esfuerzo de penetrar en su pensamiento y de asimilar su mundo interior.

Además, son muchos los que se dicen desilusionados de su manera de echar el puente entre la Universidad y la Escuela. Pero no ven que nunca pretendió echar el puente. Maritain denuncia y ataca violentamente la devoradora enfermedad del pensamiento moderno que es el abandono del realismo. Hace destacar del tomismo tradicional ciertos temas esenciales, orientados hacia una sabiduría menos tranquila, más visiblemente insatisfecha, más ansiosa de un nuevo orden que aquella que se acostumbraba a presentar, y que vuelve a tener para nuestra época la audacia que tanto chocó a los contemporáneos de Santo Tomás. Mas estas vibraciones del espíritu de Maritain son mucho menos las del hombre moderno que las del cristiano evangélico y paulino, Sí, trátase de esto: es mucho más síntesis de filosofía tomista y espíritu evangélico, que de filosofía tomista y espíritu moderno. Esta síntesis tiene mucho de explosiva. Fija un estilo, un movimiento de pensamiento que escapa a las categorías. Y sorprende. Tanto dinamismo con tal respeto de las esencias, tal estructura filosófica animada por tal impulso hacia la transformación del hombre y del mundo, es cosa que no esperaban ni los clásicos ni los modernos. Mas esto es precisamente lo que constituye la profundidad de la influencia de Maritain dondequiera que penetra.

El sentido del número especial de la Revue Thomiste es ofrecerle un pobre testimonio de ello. El agradecimiento a quienes nos han hecho abundar en ciertas ideas y en ciertos métodos bien merece, como la piedad filial, declararse

impotente para devolver una tal deuda. Por lo demás no podíamos esperar presentar una síntesis completa de la obra y del pensamiento de Maritain. Ha abordado éste todos los dominios de la filosofía cristiana, y en cada uno de ellos su pensamiento irradia en demasiadas direcciones y abre demasiadas avenidas que convendría seguir y prolongar. Hemos querido, no obstante, reunir unos cuantos trabajos que puedan dar siquiera pobre idea de una obra tan considerable y acaso, para algunos, servir de introducción y de comentario. Un breve esbozo más cronológico de lo que fue hasta aquí la trayectoria de su pensamiento podrá servir para hacer ver su unidad y su cohesión interna.

* * *

Maritain era filósofo antes de ser cristiano. Había nacido para los grandes debates de la inteligencia. Todos debieran leer, en las emocionantes páginas de Raïssa Maritain: Las grandes amistades, los primeros pasos de aquel caminar en busca de la verdad que bien pronto poseyeron en común, y cuyos frutos serán la gran obra común de sus vidas. Vamos a recordar algunas etapas.

Para convertir a estos dos discípulos de Bergson no eligió Dios a un filósofo sino a León Bloy. Una nueva levadura iba a hacer fermentar toda la masa. Como lo echamos de ver por los hechos, el bautismo no pudo menos que realzar la natural vocación de esta inteligencia esencialmente filosófica, iluminando con todos sus resplandores, aumentados en la más profunda y constante práctica religiosa, un espíritu extraordinariamente penetrante y dócil. Mas no fue tal el sentido de su conversión. Preséntase ésta como un rompimiento, una renuncia a todas las cosas, aun a la filosofía; nunca dejarán de oírse, en la obra ulterior, no sé qué estremecimientos y qué intransigencias que recuerdan a León Bloy y al espíritu del mensaje de 'Aquella que llora'.

Sólo un poco más tarde, después de haber comprendido que la permanencia de las fórmulas dogmáticas, a las que en adelante adheríanse con toda su alma, exigía una concepción realista de la inteligencia, Jacques y Raïssa Maritain, guiados por el P. Clérissac, encontráronse con Santo Tomás. Este encuentro fue decisivo y determinó inmediatamente la más profunda e indisoluble alianza. Abandonando tantas vanas investigaciones entre los maestros cuya vanidad les había demostrado Bergson, aunque sin darles con qué reemplazarlos provechosamente, quedaron

deslumbrados por ese genio oculto en el mundo demasiado cerrado del pensamiento teológico: claridad, orden, profundidad, plenitud y totalidad, medida, sentido de lo esencial y sentido del misterio, reinado de la inteligencia y, no obstante, su abdicación ante la caridad, carácter eterno de los problemas tratados, soberana libertad del espíritu que se pone en la escuela del menos literal de los maestros; y en ella encontraron todo lo que buscaban, aquello para lo que habían nacido. ‘El Angel de la escuela’ [3], ‘El apóstol de los tiempos modernos’, [4] llegaba a ser, en el más elevado sentido de la palabra, el Maestro al que han ido permaneciendo más fieles a medida que lo han estudiado más profundamente.

Jacques Maritain comprendió entonces que su vocación en la Iglesia era ser un filósofo cristiano. No filósofo de un lado y cristiano de otro, no filósofo y cristiano en la confusión de luces y de objetos, sino filósofo que sabe lo que la filosofía, obra de razón y naturalmente cognoscible, debe de hecho a las luces objetivas de la revelación y a las confortaciones subjetivas de la fe para seguir, con menos peligro de errar, su difícil senda.

Hay una filosofía cristiana, que no es menos filosófica y fundada en razón que cualquier otra filosofía separada, la cartesiana, por ejemplo, pero que tiene el beneficio de una mayor luz y de todo un clima de adhesión a más altas verdades. Jacques Maritain no explicitará sino más tarde y con gran precisión la noción propia de esta filosofía y la especial posición sobre este punto de la filosofía moral [5]. Desde el principio aplica su gran regla: distinguir para unir. Mas detrás de esta elaboración, está la experiencia de toda su vida. No habla de su Orden un religioso con acento más personal que Maritain de la filosofía cristiana. Bajo este aspecto, ocupa un lugar muy característico en el mundo del pensamiento tomista, compuesto sobre todo por teólogos.

Encerróse primero en la pura doctrina, pasando a los ojos de todos por un hombre de la Escuela que vivía en el mundo; por un continuador de los antiguos comentadores. Lo cual era verdad. Hay en eso toda una fase de la vida

3 RAISSA MARITAIN: ‘L’Ange de l’Ecole’, Desclée De Brouwer.

4 JACQUES MARITAIN: ‘Santo Tomás, apóstol de los tiempos modernos’ (reproducido en El Doctor Angélico, Desclée, de Brouwer, Buenos Aires, 1944).

5 Cf. infra: M. LABOURDETTE: Conocimiento práctico y saber moral.

intelectual de Maritain que señaló para muchos los rasgos de su fisonomía entre los pensadores de nuestros días; tanto que nunca faltará alguien que le reproche haber tomado otros rumbos. Pero ya para esas fechas muchos habían intuido que había en él otras posibilidades. Y los primeros fueron los artistas. Una de sus primeras obras ('Arte y Escolástica') la consagró a interpretar las aspiraciones y los resultados de la estética moderna por los principios de Santo Tomás. Esta obra era ya un éxito, pero no constituía en este orden sino el comienzo. En esa obra se manifestaba ya una línea de reflexión particularmente original que nunca se eclipsaría en el desarrollo ulterior del pensamiento de Maritain. Otros estudios fueron viniendo sucesivamente, ya para completar este primer libro, o bien para añadirle nuevas elaboraciones, firmados por él y por Raïssa Maritain [6].

Mas los grandes problemas que le ocupan en ese tiempo son los mismos que plantea la filosofía moderna; los que, según ésta, constituyen la base misma de la filosofía. Su más decisivo aporte habrá de referirse al problema del conocimiento.

Renueva con ello la filosofía clásica del tomismo con toda la fuerza que le dio la necesidad de vencer la tentación idealista. El sentido que tiene y que sabe dar de la inteligencia y de su vida propia, la distinción maravillosamente fecunda de los diversos grados del saber y de las diversas formas del conocimiento, representan mucho más que ciertos éxitos inmediatos. Trátase de un verdadero discurso del Método. Es una sabiduría nacida de la antigua, pero bajo el choque de una antítesis con la nueva sabiduría inaugurada por Descartes. No se trata de introducir en el pensamiento tomista nuevos elementos debidos a los pensadores de nuestros tiempos, sino que es más bien el nacimiento, en el seno de este pensamiento renovado, de nuevos elementos, de principios de defensa y de asimilación [7].

Este discípulo de Bergson podrá enfrentarse a su maestro desde el principio hasta el fin; conserva de él, no obstante, el elemento más apto para hacer producir en el tomismo un nuevo movimiento. Su metafísica del ser y del Acto Puro no le impedirá tener una filosofía del devenir y del tiempo, una completa

6 Cf. infra: TH. CALMEL: Fronteras de la poesía.

7 Cf. infra: A. FOREST: Conocimiento y amor; J. H. NICOLAS: El realismo crítico; M. V. LEROY: El saber especulativo.

sabiduría cristiana de la historia [8]. Mas su primer cuidado consiste en devolver al tomismo tradicional ciertos modos de pensamiento que parecían estar muy alejados de él, y todo lo que es disciplina científica aprovechable. Es la obra capital de ‘Los Grados del Saber: Distinguir para Unir’, para reintegrar en la síntesis, librando al espíritu de falsas oposiciones o de consecuencias más falsas aun. Ciencia, filosofía, experiencia poética, experiencia mística sobrenatural y aun natural [9], cada una de estas materias va a quedar libre y limpia de los equívocos iniciales que dificultaban su exacta inteligencia. A Santo Tomás va a unirse otro Maestro: San Juan de la Cruz, acerca del cual no se ha escrito seguramente cosa más hermosa que el admirable estudio ‘Todo y nada’.

Dejando atrás el terreno metodológico, ¿va Maritain a hacer la síntesis del tomismo moderno que se esperaba de él? Necesario sería que tuviera holgura para ello. Preciso sería igualmente que este “antimoderno” tuviera menos cariño hacia el mundo moderno. Porque ama a este mundo y tiene confianza en él; tiene confianza en todas sus riquezas, en todas sus posibilidades, en todo lo que en él fermenta. Participa y comulga con la vida de su tiempo. Este pensamiento, tan altamente especulativo, bajo el imperio de esa necesidad totalmente evangélica de transformar las condiciones de la acción y de la vida humana, va a entrar, sin ceder un instante en su intransigencia doctrinal y su rigurosa exigencia intelectual, en los debates más apasionados y más concretos.

¿Y por qué, con qué derecho prohibir al sabio ocuparse de los problemas de su tiempo? ¿Por qué admirarse de sus esfuerzos por construir una filosofía de la Ciudad? [10] ¿Por qué no admirar, al contrario, que, no pudiendo y no queriendo dejar de vivir en comunión activa con semejante época de transformación, haya sabido Maritain permanecer fiel a su vocación al formar una filosofía, vibrante de los datos y acontecimientos en que se apoya, mas dependiendo siempre de la fe y de los principios más profundos y esenciales de Santo Tomás? ¿Qué hermosa activación para la inteligencia su reflexionar sobre los acontecimientos y sobre la historia! ¿Cuánta vida encierra en esas circunstancias el planteamiento mismo de problemas tales como el de la libertad, la grande y pobre libertad humana defectible ante el mal

8 Cf. infra: CH. JOURNET: Una filosofía cristiana de la historia y de la cultura.

9 Cf. infra: LOUIS GARDET: Investigaciones acerca de la “mística natural”.

10 Cf. infra: OLIVIER LACOMBE: Filosofía política.

[¹¹], la excelsa prerrogativa de un espíritu hecho a imagen de Dios! [¹²] La filosofía de Jacques Maritain desenvuélvese en una “sabiduría redentora”. [¹³]

¿Qué va a hacer ahora Maritain? Libre de lo que fue la última consecuencia de su compromiso de cristiano en la vida de la Ciudad, la embajada de Francia en el Vaticano, ha marchado a Estados Unidos de América. Francia no ha sabido retener y utilizar dignamente a tal pensador que está en el pleno vigor de su inteligencia. Pero Maritain quiere a América como ama el riesgo y la aventura, y en América le quieren. [¹⁴] Sin duda que ya no se tiene en ese país tanta veneración por los ídolos filosóficos que él ha hecho tambalear en sus pedestales. Sin duda también, que su notable amor por todo lo nuevo y joven y la necesidad que tiene, no de aceptar su espíritu, sino, después de haberlo comprendido y amado, de tratar de informarlo con los principios eternos, ha hecho nacer en él una atracción no pequeña hacia las inteligencias americanas. De todos modos, uno de sus últimos escritos, ese extraordinario ‘Breve tratado sobre la Existencia y lo Existente’, nacido como de improviso en medio de las ocupaciones de su embajada, hace pensar que el filósofo cristiano, libre ahora de ciertas responsabilidades que tuvo el valor de aceptar, vuelve más exclusivamente a la contemplación de las eternas verdades metafísicas para acabar una obra que es ya inmensa.

¿Cómo resumir mejor la trayectoria de esta vida de filósofo cristiano, sino como el mismo Jacques Maritain lo hizo en un discurso pronunciado en Nueva York el 9 de enero de 1943, al serle ofrecido el Maritain Volume de la revista ‘The Thomist’ al cumplir sus sesenta años?

“Una anciana señora a quien venero, hablando hace mucho tiempo de mí a uno de mis amigos, le decía: «Maritain es católico, sin duda, pero de una secta especial: es también tomista. Pero, señor, el tomismo no es precisamente una secta como la Christian Science, es simplemente la filosofía de Aristóteles bautizada por Santo Tomás de Aquino.»

11 Cf. infra: M. J. NICOLAS: La libertad humana y el problema del mal.

12 Cf. infra: ROLAND DALBIEZ: El momento de la libertad.

13 Cf. infra: ETIENNE GILSON: Una sabiduría redentora.

14 Cf. infra: los sumarios de los volúmenes de The Thomist y de A Ordem, dedicados a Maritain, y el homenaje de TRISTÁN DE ATHAYDE.

“Esto no parece ser muy revolucionario, mas no hay que fiarse de las apariencias. Trátase de adherir a los principios de la razón y a los principios de la fe en la síntesis doctrinal más estricta, para mantener la vista bien libre y afrontar con el mayor valor posible los problemas de nuestros días. Es éste un modo muy a propósito para poner a todo el mundo contra sí: a los tradicionalistas que detestan las novedades y a los innovadores que ninguna afición tienen a la tradición; a los racionalistas a quienes la oración da tedio, y a los devotos a quienes la ciencia trae a mal traer; y aun a los especialistas en Santo Tomás que clasifican el tomismo en un casillero de la historia de la Edad Media y de ningún modo quieren que se lo saque de ahí.

“Hace veinticinco años, sacar el tomismo de su casillero o de los manuales de seminario para hacer de él una filosofía viviente parecía una empresa absurda, una empresa de desesperados. Y como desesperados comenzamos. Era la época en que otros desesperados se lanzaban a la aventura del comunismo y del fascismo. Quiero creer que nuestra aventura no ha ido del todo mal; y es que desde el primer momento estaba dirigida a la libertad del espíritu.

“No os extrañe si un recién convertido ponía en ello cierta intransigencia. Espero que más tarde la experiencia me ha hecho un poco más inteligente; yo temería más bien haberme hecho ahora demasiado conciliador.

“Por otra parte es inútil recordarme de la manera más suavemente persuasiva que he llegado a los sesenta años; creo que no está acabada todavía la trayectoria de un trabajo que por la fuerza de las cosas más parece un impulso bergsoniano que una construcción estática, y que hace treinta años contemplaba yo como debiendo ir de lo antimoderno a lo ultramoderno”. [15]

Que Jacques Maritain se digne aceptar, al mismo tiempo que el homenaje de cada uno de los autores que han colaborado en este volumen, el de la *Revue Thomiste*. Es homenaje de admiración y de gratitud. Es una amistad que data desde bastante atrás; desde el día en que nuestra revista publicó aquel su primer artículo que supo emocionar a León Bloy.

15 JACQUES MARITAIN: *Pour la Justice*, 1945, pp. 191-193.

